

SANGRE EN YIBUTI

“**A**NTES de atravesar el país, hasta un chagal hace testamento».

El proverbio somalí no exagera. Un promontorio de basalto y sal, desértico, pobre y casi inhabitable. Sobre él viven medio millón de rumiantes y ciento veinticinco mil indígenas, la mitad en Yibuti, el puerto creado por los franceses en 1888. Cuando el hombre quiere evadirse de su infierno, toma khat, «la hierba que hace soñar». Pero el infierno sigue allí, aunque la droga lo ahuyente por unos momentos. Y es un infierno deseado: Francia no quiere dejarlo; Somalia lo reclama; Etiopía lo pide. Dos

grupos tribales —Afars e Issas— mantienen las espadas en alto. Los veteranos de la Legión Extranjera, que abandonaron Argelia en 1962, patrullan las calles de Yibuti con las armas preparadas. El general Vatinelle, comandante militar del territorio, ha visto crecer sus tropas hasta diez mil hombres. Dos compañías republicanas de seguridad montan guardia y los escuadrones de gendarmes recorren las zonas del puerto, donde acaba el ferrocarril, construido en 1894, que trae y lleva las mercancías a Etiopía.

En el puerto hay ahora barcos sin des-

La independencia a toda costa, incluso la muerte. El referéndum de la Somalia francesa no ha resuelto ninguno de los graves problemas. Las fuerzas francesas





han triplicado, pero los disturbios amenazan cada día más. En los días del referéndum hubo once muertos y veintidós heridos. La rebelión antifrancesa sigue latente y crece.

cargar y en las estafetas las sacas de correos están inmóviles. Los isas intentan boicotear la vida del país. En el campo, dominado por los afars, el escaso movimiento continúa. En la ciudad queda, todavía, el recuerdo de los once muertos y los veintidós heridos del referéndum. Un sesenta por ciento de los electores dijo Oui y mostró su voluntad de «vivir, con un estatuto renovado de gobierno y administración, en el seno de la República francesa». Poco más de veinte mil electores —había 39.024— decidieron el futuro de la Somalia francesa. Un futuro imperfecto, condicional y explosivo. El Oui no es la paz; el Non, tampoco. Y el khat no llega ya: las autoridades francesas prohibieron recientemente el aterrizaje de un avión de la Ethiopian Airlines, que llevaba dos toneladas de «la hierba que hace soñar». Pero, a su manera, junto a la sombra de los fusiles franceses, todos sueñan por la zona del Mar Rojo. Haile Selassie, el nequs nequisti, sueña con no perder «su» puerto, la vía de salida para un país alejado del mar. Somalia sueña con que vuelvan a su seno los millares de isas, tarea que los ocupantes franceses interpretan a su modo expulsando del país a todos los que no tienen documentación en regla: sutileza que no lo es en regiones donde apenas si se ha salido de

SIGUE





Mientras los issas se lanzaron a la acción, llegando, incluso, a quemar algunos coches, a pesar del control militar, los afars se manifestaron con el boletín blanco del Ovi. A la hora del escrutinio se impuso la mayoría. El campo, afar en su casi totalidad, derrotó a la ciudad, dominada por los issas partidarios de la independencia.



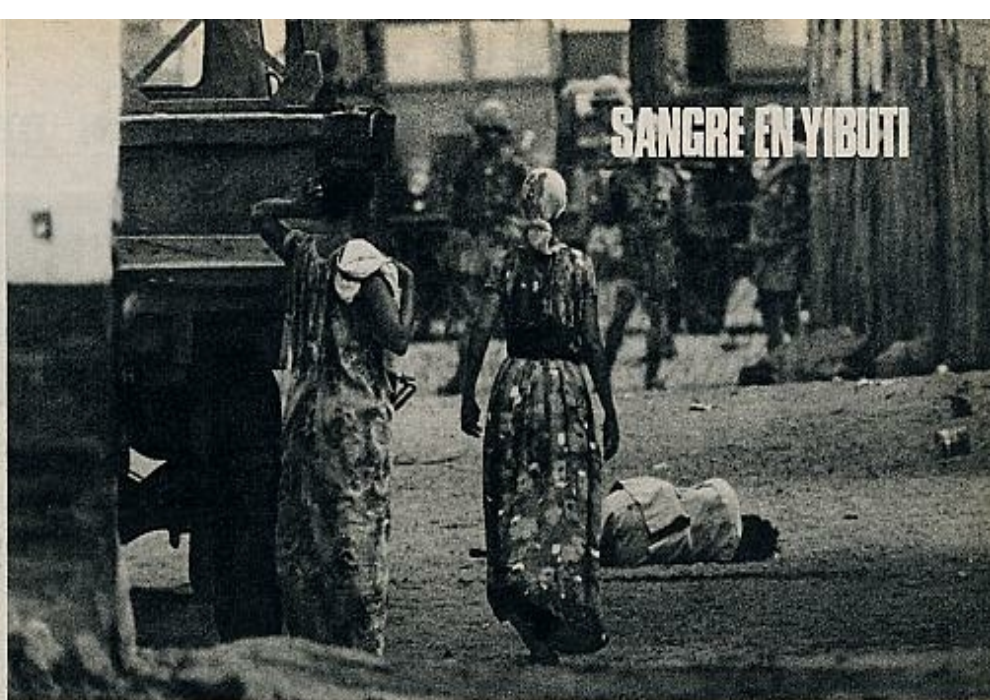
la Edad Media... Claro, que la tribu issa —pro-independiente pro-somali—, integradora de una minoría a punto de dejar de serlo —su ritmo demográfico es galopante— es la menos inculta. Los issas ocupan los puestos administrativos y de ahí nace ya uno de los primeros problemas. Ali Aref, afar, presidente del «Rassemblement démocratique», es partidario de métodos expeditivos: los issas deben ser expulsados. ¿Cómo funcionaría la nación? Los franceses lo saben y ellos bien a los no documentados, pero aún así, las bayonetas no pueden asegurar la paz de un pobre desierto sometido a muchas ambiciones. Si la «Côte Française des Somalis» hubiese optado por la independencia habría sido invadida por Etiopía y, a causa de ello, por Somalia. La lucha habría sido desigual: Etiopía tiene dieciocho millones de habitantes; Somalia, solamente dos.

Muchos franceses se preguntan qué hace Francia, por qué quiere seguir. Su posición es peligrosa. El «Guardian» escribía hace poco en un editorial: «En el momento en que la Gran Bretaña se prepara a dejar Aden, Francia se compromete a quedarse en Yibuti, al menos por algún tiempo. Queda por ver si su posición será más sostenible que la nuestra». El diario inglés añadía: «No hay solución evidente». Señalando que eventualmente Yibuti podría ser convertido en puerto internacional, pero que los Estados Unidos y la Unión Soviética deberían, para ello, detener los ánimos bélicos de sus aliados etíopes y somalíes.

Dentro de la Somalia francesa el orden se ha mantenido hasta cierto punto, por lo menos el de evitar una guerra civil. Pero cabe preguntarse por la validez de un referéndum celebrado bajo las armas, en el que el general De Gaulle no admitió observadores. El mismo resultado de la llamada a las urnas es precario. Ciertamente hoy por hoy acaso predominan los partidarios de mantener el país ligado a Francia, pero la verdad es que muchos de los independentistas no han podido votar. Mohamed Ahmed, un issa defensor del boleto azul de la independencia, no sólo ha estado impedido de hacer propaganda por el Non, sino que incluso no ha podido votar. Dociientos prisioneros políticos, encerrados a finales de octubre en las cárceles de Oborkadajura y Dikhil, se quedaron igualmente sin votar y sin hacer campaña. Más de tres mil «extranjeros» —es decir, simples indocumentados— fueron «repatriados» a Somalia. Los funcionarios gubernamentales pudieron manejar a su gusto el censo electoral gracias a una última modificación, semanas antes de las elecciones, que hacía precisa una llamada «carte de participation à la consultation». Llegada la hora de las protestas por estas maniobras, las fuerzas francesas intervinieron.

Dentro de unos años, los menores de veinte que no han podido votar ahora inclinarán tal vez la balanza demográfica electoral del lado issa. Precisamente muchos de esos menores fueron los que agitaron al general de la «grandeur» su tourné triunfal por el mundo, en agosto pasado. Y esos mismos son los que, sin voto en las urnas, reclaman hoy de forma tumultuosa un lugar para su voz en la calle.

Fotos: REPORTERS ASSOCIES



SANGRE EN YIBUTI

La visita del general De Gaulle fue un aviso de lo que podría ocurrir en las elecciones. Los hechos dieron la razón a los vaticinios pesimistas, con muertos por las calles a pesar de la presencia de las tropas.



Francia llevó para el referéndum a la Legión Extranjera. Frente a las bayonetas y metralletas francesas, los issas se manifestaron a su modo. Su protesta no ha hecho más que empezar y no terminará fácilmente.

